

# TLACUILLO

## REVISTA DE HISTORIA

Número 0 / Año 1 / Época I

Diciembre de 1997-Enero de 1998



la guerrilla: catalizador de la democracia/germán iván martínez  
una visión moral del dinero en la colonia/carlos alfonso ledesma  
un imperdonable olvido/pablo garcía  
historia y literatura: las armas del juicio/umberto almanza  
entre santos, fiestas y reuniones/miguel ángel hernández

Precio del ejemplar 12 pesos

## Directorio

### Director

Antonio Cajero

### Subdirector

Carlos Alfonso Ledesma Ibarra

### Consejero editorial

Jenaro Reynoso  
Alberto Saladino  
Pedro Canales  
Martín L. Álvarez.

### Diseño

Heriberto Cajero

Los contenidos de los artículos son responsabilidad de los autores; los títulos y subtítulos, del consejo editorial.

Las imágenes que aparecen en este número fueron tomadas del Archivo General de la Nación.

SE RECIBE CANJE: CALLE 5 DE  
MAYO 269, METEPEC, ESTADO DE  
MÉXICO  
TELÉFONO 32 12 21

# TLACUILO

## REVISTA DE HISTORIA

## Contenido

- |  |           |
|--|-----------|
| La historia frente a las otras disciplinas: comparación de métodos de un alegato en favor del trabajo histórico/Pedro Canales Guerrero | página 1  |
| Con un álbum de estampitas también se aprende historia/Martín Leonardo Álvarez Fabela  | página 7  |
| La guerrilla: catalizador de la democracia/Germán Iván Martínez Gómez  | página 11 |
| Educación y justicia social: repaso histórico del mito y la falsa dicotomía/Jenaro Reynoso Jaime                                       | página 15 |
| Una visión moral del dinero en la colonia/Carlos Alfonso Ledesma Ibarra  | página 19 |
| Un imperdonable olvido/Pablo García Romero   | página 26 |
| Universidad y neoliberalismo: entrevista con René Roberto Becerril/Mario Palacios Valdés y Anel Ramírez Sierra                         | página 27 |
| La política posrevolucionaria en <i>los relámpagos de agosto</i> : alianzas y tradiciones/Celene García Ávila                          | página 29 |
| Historia y literatura: las armas del juicio/Umberto Almanza  | página 35 |
| Entre santos, fiestas y reuniones/Miguel Ángel Hernández   | página 41 |
| La academia de historia: entrevista con Jenaro Reynoso Jaime/Mario Palacios Valdés y Anel Ramírez Sierra                               | página 42 |
| “¿A dónde iremos?”/Nezahualcóyotl  | página 48 |



## la historia frente a las otras disciplinas: comparación de métodos o un alegato en favor del trabajo histórico en los archivos locales

pedro canales guerrero

A los estudiantes del Seminario de Historia de la Población del Valle de Toluca, Facultad de Humanidades (UAEM)

Estas líneas pretenden, como su título lo indica, formular el elogio fundamentado del trabajo en los archivos como alternativa mejor -no única ni excluyente- para hacer avanzar el conocimiento histórico, objetivo último de quienes nos consideramos aficionados, en el sentido etimológico, de la disciplina histórica. Así, pues, se trata de un elogio porque busca contagiar el entusiasmo por ese tipo (etapa) de trabajo que puede ser, además de fundamental para la disciplina histórica, tan gratificante que uno busque quedarse en esa etapa; por esto, en su momento, uno ha de obligarse a tomar la distancia de los viejos papeles para dar los siguientes pasos de la investigación, pues el archivo puede ser considerado sólo el primer paso y no el más difícil; el último es, para la mayoría, el menos fácil pero el más importante: la exposición escrita de tesis

(explicación) que uno sustenta. Pero se trata también de fundamentar dicho elogio.

Permitaseme partir de una serie de preguntas que pueden ilustrar el fundamento que pretendo. ¿Cuál es la diferencia, desde la perspectiva del método, entre la lógica, la filosofía, la biología y la historia?, ¿todas son ciencias del mismo tipo?, ¿cuál es la relación que guardan unas con respecto de otras? La primera pregunta es la central pues, como sabemos, no es sino el método lo que distingue al conocimiento científico de los otros tipos de conocimiento. ¿En qué sentido son objetivas, o científicas, las conclusiones resultantes del trabajo de las disciplinas mencionadas? Y finalmente: ¿qué tiene que ver con el trabajo de archivos históricos?

En primer lugar habrá que decir que todas son ciencias naturalistas, es decir, no apelan a datos o explicaciones extra-naturales para construir sus



conceptos, sus proposiciones, sus razonamientos, sus modelos explicativos. Sin embargo, no son disciplinas del mismo tipo; pueden, por el contrario, considerarse disciplinas prototípicas o únicas en su género.

En efecto, la lógica formula en el mayor grado de abstracción las leyes del pensar correcto... correcto en la vida ordinaria, en la reflexión filosófica, en la actividad científico natural, en las disciplinas que pretenden el conocimiento objetivo del hombre en sociedad. Por ello, puede concluirse que la lógica establece el método de trabajo más general que la ciencia: ninguna disciplina científica puede abstraerse de este método; tampoco la filosofía, aunque no la podamos considerar plenamente como una ciencia, según veremos, pues la filosofía también utiliza el método más general de las ciencias, de la misma manera que el hombre usa el sentido común en su vida ordinaria, al formular interpretaciones causales que establecen relaciones entre los diversos elementos de la realidad natural.

A la biología, por su parte, podemos considerarla prototípica ciencia fáctica que trabaja sobre la naturaleza estrictamente material. Habrá que añadir que su método de trabajo cumple de manera más plena que las ciencias sociales (también fácticas, contrariamente a la lógica y a la matemática) con el paradigma científico actual. Es decir, ha desarrollado sus conocimientos siguiendo el método científico que establece como normas importantes: el desarrollo crítico de la propia teoría que fundamente la búsqueda analítica entre la realidad natural que le corresponde; formulación fundamentada de hipótesis que orienten su búsqueda; la contrastación (contra la realidad referente) de dichas hipótesis o intuiciones fundadas, a fin de buscar su falsación como el mejor procedimiento para conocer la verdad de las interpretaciones en cuestión; comunicabilidad de los resultados al resto de los especialistas que sancionarán la corrección del método y de las herramientas utilizadas como procedimiento para discutir la objetividad de las conclusiones comunicadas.

Finalmente, sobre la historia hemos de interrogarnos en qué medida pueden ser comparados su método y procedimientos con los de las ciencias naturales, para referirnos no tanto a

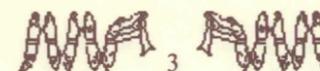
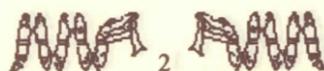
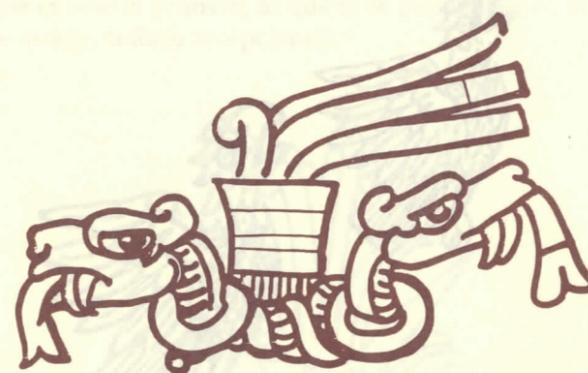
su carácter científico o acientífico sino a sus límites que pueden, precisa y paradójicamente, conformar su fuerza... de la misma manera que cuando hablamos de los límites del proceso de conocer humano hemos de mencionar el análisis y la abstracción como formas de desintegrar la realidad haciéndole perder su compleja riqueza: es cierto que ello es una limitante, pero no es menos cierto que precisamente esa capacidad de analizar y abstraer nos permite adentrarnos en el objeto para comprenderlo en síntesis cada vez más ricas. Así, pues, hemos de reconocer que el objeto de estudio de la historia es menos asible que el de las ciencias naturales, porque conlleva un sustrato social (no material en sentido estricto, pero no por ello menos natural), es decir, conformado por las relaciones entre las personas insertas siempre en grupos humanos. Una segunda limitante parece ser el hecho de que estas relaciones por analizar ya no existen, son pasado, lo que las haría menos asibles aún. La tercera limitante se refiere a sus fuentes: nunca son completas, se van destruyendo, hay que interpretarlas. Todo parece indicar que la historia se halla en franca desventaja con respecto a las ciencias naturales, que no merecería el calificativo de disciplina científica. Por supuesto que las etiquetas son menos importantes que referirnos a los límites y fortalezas de la historia como actividad intelectual. Veamos. Intentemos relativizar las pretendidas ventajas de las ciencias naturales sobre las sociales.

Primera: aceptar como ventaja que la realidad material sea más asible que la realidad social implica privilegiar sólo un tipo, el primero, de instrumentos del conocimiento, a saber, los sentidos. Pero en el aspecto científico esta pretendida ventaja no nos lleva lejos pues el otro instrumento, el más importante, es precisamente la capacidad de abstracción. Y no nos lleva muy lejos pues, de no ser así, habría que explicar por qué los animales que tienen los mismos sentidos que el hombre no saben que conocen. De cualquier manera no hemos de olvidar que, incluso, percibimos la realidad social a través de los sentidos en consonancia con el ejercicio de nuestra capacidad de abstracción sobre esa realidad percibida. Por su parte, las ciencias naturales necesitan también, además de los sentidos de la inteligencia, toda la inteligencia para crear los

conceptos con qué asir mentalmente esa realidad para entenderla, pues no habrá bastado manipularla; es esto tan cierto que los modelos creados para explicar la realidad material son, por fuerza de necesidad, enteramente teóricos a tal punto que se escucha acusaciones de ninguna correspondencia con la realidad. ¿Y qué decir cuando la física o la astronomía tienen que trabajar más con teorías, pues su materia se halla tan lejos de los científicos que se vuelve intocable por más material que sea? Pero esta observación implica un corolario que se retrueca en crítica para los estudiosos de las ciencias sociales que se amparan en esta supuesta desventaja de sus estudios con respecto a las ciencias naturales, para explicar el atraso de las primeras comparadas con estas últimas. En efecto, si es más importante la herramienta conceptual que las herramientas que sólo potencian los sentidos, la pretendida desventaja de las ciencias sociales no constituye explicación válida del atraso en que tenemos, los aficionados a las ciencias sociales, por no haber creado, desarrollado en lugar de anquilosarnos, discutido suficientemente las categorías de los modelos.

Segunda pretendida desventaja. ¿Las relaciones por analizar en las ciencias históricas, por ya no existir, son sólo pasado y, por ende, difícil o imposible de ser asidas? Esta desventaja se relativizaría por dos razones. En primer lugar con lo ya dicho: la herramienta más importante no es la capacidad de percepción física de los objetos o las relaciones sociales, sino las herramientas conceptuales implicadas en el método general de la ciencia. Por otro lado, las ciencias naturales han tenido que vérselas, para construir sus explicaciones o modelos, con realidades materiales pasadas: sin pasado no hay presente en los objetos ni en las relaciones sociales; para entender el pasado el presente es útil, así como para entender el pasado el presente nos da elementos de pervivencia (lo dijo Marx no menos claramente que uno de los fundadores de la llamada Escuela de los *Annales*). Así, pues, el tiempo transcurrido y cristalizado en las relaciones presentes lejos de ser un estorbo son, tanto para la naturaleza material como para la naturaleza social, parte de la realidad misma y recurso y objeto de explicación. Por ende no sólo habría explicaciones válidas.

Y puesto que hablamos de historia y presente, permítaseme dos ejemplos de nuestra realidad, mexicana y mexiquense (no menos mexicana, por supuesto) la segunda. Si queremos entender mejor la cultura prehispánica o colonial de nuestro país, no sólo partimos del presente para plantearnos la pregunta fundadora de un trabajo de investigación sino que, además, podemos recurrir a las formas pervivientes del cultivo del maíz, del amaranto o de los nopales, por ejemplo, así como a las formas vivas de cultura culinaria mexicana, a fin de entender, reconstruir y explicar, al menos, parte de la cultura total de la sociedad de donde venimos. El material para el segundo ejemplo me lo proporcionó un estudiante de la Maestría en Estudios Latinoamericanos: hace unos quince años fue testigo presencial del viejo ejercicio medieval (¿o capitalista deformado?) del derecho de pernada, a no más de treinta kilómetros de la capital del estado de México. Ese hecho, junto a otras limitaciones de los derechos que hoy llamamos individuales (pero el implicado en la cita nos parece muy significativo si pensamos que el ejercicio de la propia sexualidad expresaría de la manera más profunda la libertad individual... ¡no



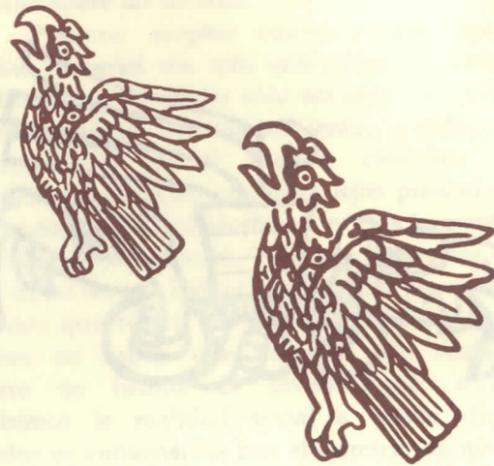
hablo de libertad social!), ese hecho no sólo debe ser explicado en el presente: es fundamental, desde mi perspectiva, explicarlo en y por el pasado. Dejemos de lado, no es el tema de esta argumentación, preguntar con ayuda de qué modelo conceptual se explica más convincentemente: es la realidad misma, y la explicación o no explicación de ella, lo que formulará la "sanción" académica teórica sobre la objetividad de uno u otro modelo (¿o no?). (Me refiero a que si tal pervivencia hay que explicarla precisamente como pervivencia de elementos feudales que habrían resistido al tiempo y a la transformación del resto de las relaciones, o se explicarían por un capitalismo que habría nacido, además de muy prematuro, deformado y periférico.) Pero pasemos, sin más, a la tercera desventaja de las ciencias sociales con respecto a las naturales.

Las fuentes del historiador nunca son completas, se van destruyendo, hay que interpretarlas objetivamente... hemos de abundar, para contestar la pretensión de desventaja, en el mismo tipo de argumentos esgrimidos. La materia objeto de estudio de las ciencias naturales tampoco se entrega al investigador de manera total, inmediata, ni automática ni transparente; de la misma manera esa realidad natural presente no es menos resultado de un devenir, una evolución por redescubrir, de lo que lo social histórico y presente tiene también de resultante evolutiva de objetos que ya no existen o no existen de la misma manera. Tal redescubrimiento de las evoluciones explicativas, pues, requieren del mismo tipo de instrumentos en ambos tipos de disciplinas: categorías, argumentos, modelos también en continua evolución por ser discutibles por antonomasia. En ambos casos, pues, se requiere de interpretación, de búsqueda-hallazgo interpretativo. Esto no implica negar que, efectivamente, la parquedad de fuentes dificulte el trabajo del historiador aunque tenga el recurso de la analogía.

Así, pues, he tratado de relativizar, por supuesto que no de manera original pero sí con coherencia, los argumentos aducidos para negar el carácter científico de la historia y las ciencias sociales. Pero tan importante como esa defensa, ha de ser la autocrítica frente a la comodidad de

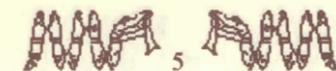
aducir dificultades intrínsecas del objeto de estudio social para explicar el menor avance del análisis histórico, menor del que parecen lograr las ciencias naturales. En conclusión de estos puntos, habrá que señalar que tan objetivas pueden ser las ciencias sociales como las naturales: ambas pueden alcanzar verdades parciales y en revisión constante, sin duda, pero objetivas porque ambas usan el mismo método general de la ciencia; ambas re-construyen (debieran) permanentemente, por la comunicabilidad con otros especialistas, sus teorías; ambas, por ser naturalistas, buscan y pueden lograr de algún modo la contrastación de hipótesis, de sus modelos.

Finalmente habrá que subrayar, como una forma de transitar a la pregunta sobre la importancia del trabajo en los archivos, que la filosofía, contrariamente a las ciencias naturales y sociales, adolece no del método general de todas las ciencias, sino de la posibilidad de contrastar sus conclusiones reflexivas sobre la realidad (así habría que entender la afirmación de que en el momento que dichas conclusiones pudieran ser contrastadas, se volverían objetivas en sentido estricto y dejarían de ser conclusiones filosóficas).



Por supuesto que esto no implica menospreciar, al contrario, la filosofía sino definir su forma de trabajo: recuerdo ahora la afirmación aparentemente paradójica del doctor Malishev de que la filosofía sólo es una prolongación y profundización del recto sentido común. Recto sentido común disciplinado que de ninguna manera debe estar ausente del trabajo del historiador: ni como punto de partida, es decir para formular preguntas fundadoras de investigación, ni para retomar planteamientos filosóficos que buscaran ser contrastados por la labor histórica.

Por lo dicho, sustento que no se trata de menosprecio de la filosofía: también todos los pueblos con la aplicación del sentido común han construido culturas tan diversas como coherentes y admirables. La filosofía con su fuerza no menos que con sus límites busca dar luz sobre el sentido de la vida humana: ¿habría objeto de estudio menos importante que éste? Y en la línea de aprecio por la filosofía habría que añadir que la admiración por el verdadero rigor filosófico en la reflexión debiera llevar al historiador a no detenerse en la simple recolección de los datos: no puede eludir el uso de abstracciones y categorías para poder interpretar esos datos, poder construir así razonamientos que lo conduzcan a formular tesis (explicaciones: no otra cosa son las tesis; por ello me niego a llamar tesis —o libro— a un catálogo de fuentes o la simple presentación de datos o fuentes; no digo que éstos constituyan un trabajo inútil sino que es sólo el primero, al que se le puede llamar, si se quiere, trabajo recepcional).



Cada ciencia, pues, tiene sus límites y su fortaleza. Si sólo la matemática y la lógica llegan a construir modelos perfectos por ser enteramente abstractos; y la filosofía explicaciones tan frágiles como, con frecuencia, brillantes por el rigor que aplica; las ciencias naturales sólo difieren de las sociales en la mayor fragilidad de las fuentes de éstas: pero las fuentes existen y, por lo mismo, permiten la contrastación, tal vez más frágil que en las ciencias naturales (aunque no siempre, como ya adujimos con respecto a la construcción de modelos explicativos), pero al fin y al cabo existentes. Pretendo que esto precisamente constituye una fortaleza (en cierto sentido una responsabilidad académica mayor) de la historia frente a la filosofía, porque no hay que olvidar que la historia se ocupa de temas que la filosofía ha abordado (como también las ciencias naturales aportan datos y conclusiones convalidadas por su paradigma, a la reflexión histórica, o como la aritmética u otras ciencias le aportan herramientas útiles: recuérdese el origen de la Escuela de los *Annales*). Insisto en que hablar de fortaleza es hablar de definiciones y no de jerarquías.

Todas las ciencias requieren el rigor del método y el rigor del uso de sus herramientas propias: la filosofía no puede contrastar contra datos documentales, las ciencias naturales lo hacen

de manera más importante que la historia o las otras ciencias sociales —de ahí su relativa mayor fragilidad—, pero en todos los casos se requiere, además del método general, de la revisión, reconstrucción permanente de las teorías (por muy modesta que sea la revisión, pero no catecismos ni recetarios) en que sustentan las disciplinas sus explicaciones. En resumen, la filosofía no contrasta, y en ese sentido, sólo en ése, no es objetiva; la historia puede ser objetiva, como las ciencias naturales, pero cuidado: si objetiva quiere decir que puede alcanzar la verdad, no olvidar que es una verdad parcial como en todas las ciencias (parcial más que relativa), pero sobre todo que no se trata de certezas... ineluctablemente, este límite es parte de la angustia humana vital, pero también constituye un reto que el hombre ha aceptado.

Así, pues, los datos documentales no son los más importantes para la disciplina histórica, pero después de las categorías son los datos los que alimentan la teoría y, sobre todo, sancionan la objetividad de los modelos propuestos.

Lamentablemente, con cierta frecuencia los datos documentales se hallan guardados con exceso de celo, exceso que recuerda *El nombre de la rosa* de Umberto Eco. Y por otro lado, afortunadamente la reforma llevada a cabo en los planes de estudio de la carrera de historia de la Facultad de Humanidades de la UAEM, hace algunos años, ha permitido precisamente alentar a los estudiantes tesisistas a que realicen este tipo de trabajo, cuyo elogio he pretendido fundamentar. Los primeros frutos están en flor. Actualmente se hurga más o menos minuciosamente en archivos parroquiales, judiciales, municipales, ejidales, notariales; los parroquiales, municipales y ejidales tienen una ventaja adicional para los estudiantes: éstos no pueden argüir lejanía de sus propias comunidades, pues a la mayoría ni los párrocos ni los comisariados les han cerrado las puertas. Y si los párrocos cerraran las puertas de los archivos, existe la alternativa, para los estudiantes empecinados en estudiar sus pueblos, de obtener una copia en microfilm (y parece que ya también a través del internet) de los archivos parroquiales microfilmados por la asociación religiosa que tiene su sede en Lago Salado, E.U.

Enhorabuena por la historia que no se cierra ni a la duda metódica (que no sistemática) ni

a la duda radical de los pares, formulada por Weber, ni a la autocrítica ni a la discusión abierta en tales sentidos (tanto sobre las categorías, razonamientos y modelos, como sobre el resto de los pasos del método científico, en particular sobre la interpretación de los datos), ni al trabajo largo, disciplinado, sobre los documentos de entre los que se recuperan los datos que servirán a la contrastación histórica.

Extiendo un sincero agradecimiento a las siguientes personas por el apoyo brindado: a los frailes franciscanos del santuario de Tecaxic, Raúl Vázquez y al P. Parra; el P. Rutilo de la parroquia de San Mateo Atenco; al P. Rogelio Odilón Gómez Maya de San Pedro Totoltepec; al P. Pedro Cruz del Sagrario de Toluca; al Párroco de San Felipe del Progreso; a la antropóloga Beatriz Torres, directora del Archivo Histórico de Zinacantepec que tiene el resguardo del archivo parroquial; al P. Francisco Ramírez de Huixquilucan; al P. Roberto Vázquez de Calimaya; de Ixtlahuaca, al P. Roberto Cardoso.

